

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—CRÓNICA DE LA SEMANA SANTA, por D. Francisco Flores Arenas.—TEATRO PRINCIPAL, por D. Francisco Flores Arenas.—MODAS DE PARÍS, por Mme. Juliette Lormeau.—EL DONATIVO DE LOS MUERTOS EN LA NOCHE DE FINADO, por D.^a Victorina Bridoux y Mazzini de Dominguez.—LA MUJER DE SU CASA, por D. Fernando Martinez Pedrosa.—GEROGLÍFICO.

CRONICA DE LA SEMANA SANTA.

Las solemnidades religiosas se han celebrado en Cádiz de una manera digna de la proverbial religiosidad de este pueblo. Grande ha sido la concurrencia á los divinos oficios en todos los templos, y prodigiosa la afluencia de gentes á la visita de los sagrarios. En la casa del Señor han reinado la compostura, el decoro, la devoción. Esto era de esperar.

La comida á los pobres que tiene lugar el Jueves en el palacio episcopal ha sido preferente objeto de la atención pública, no bastando aquel local, como no hubiera bastado otro harto mayor, para dar cabida al gran número de personas que acudieron á presenciarla. La mesa estaba puesta con tan delicado gusto que no la desdeñaría por suya la mas aristocrática dama de la corte, y la comida, así en los manjares como en el orden del servicio, nada dejaba que desear al mas minucioso en las fórmulas. Hacia los honores nuestro Excelentísimo Prelado con ese desembarazo propio de quien está familiarizado con los usos de la sociedad mas escogida y culta, y acompañábanle varios señores canónigos y otras personas distinguidas de la población.

Lástima es que el mal llamado palacio episcopal no se preste en manera alguna á actos de esta naturaleza; pero nadie ignora lo mezquino, diremos mejor, lo indecoroso de un edificio para el que es un verdadero sarcasmo el título de palacio. Vergüenza es que en Cádiz, célebre en España y fuera de ella por la solidez, por la belleza, por la elegancia de su primoroso caserío, su obispo habite en una especie de estrecho palomar medio derruido, de continuo quebrantado por el empuje de los

huracanes, y hasta cuyas ventanas salta la espuma de las olas del océano. Aquello es una especie de sucursal de la farola de San Sebastian.

Pero volvamos á nuestro asunto, del que nos han alejado observaciones que debieran tomarse en cuenta, siquiera fuese por el decoro de nuestro pueblo.

Dos procesiones han salido en el presente año. Poco diremos de ellas, porque ya otras veces hemos consignado nuestra opinion respecto á ellas consideradas en general. Siempre hemos creído que las sagradas imágenes solo están bien en su sitio; en los altares, dentro de los templos, en el recinto del hogar cristiano. El culto que se les da en las calles, si bien concedemos que tenga su origen en la piedad de los devotos, las espone á la profanación, porque no todos ni con mucho ven en ellas un objeto de reverencia, sino un simple móvil de curiosidad, cuando no un pretexto de bulla y una ocasion de culpa ó de escándalo. Esas apiñadas y bulliciosas turbas que en las altas horas de la noche se oprimen, se codean, se estrechan en las calles, ¿de quienes están compuestas? ¿Es el espíritu de devoción, es el de penitencia el que en ellas domina? La respuesta está en la conciencia de todos.

Habíase dicho que la procesion del Santo Entierro iba á ser privada este año de los episodios que para la generalidad constituyen su principal aliciente. No ha sido así. Ni los profetas, ni las doce sibilas, ni los veinticuatro ángeles y arcángeles, ni la Verónica siquiera han faltado de su puesto. Lo único que faltó fué la guardia romana con sus peluquitas rizadas y sus barbas en tirabuzon. Bien se ha hecho en eliminarla porque en ella la exactitud histórica andaba por las nubes, y no hay necesidad de dar que reír á los forasteros á poco que estos forasteros sean ilustrados.

La suntuosa urna de que ya nos habíamos ocupado, ha llamado extraordinariamente la atención, y la voz en alabanza suya ha sido unánime. No pudiera ser de otro modo.

La Semana Santa ha terminado con un acto magistoso y sublime que tuvo lugar el Domingo de Pascua, dia en el que nuestro digno obispo dió por su mano la comunión general en la iglesia de San Francisco. Tan grande fué el número de los concurrentes que el acto terminó á una hora muy avanzada, lo cual prueba que no se ha perdido el

fruto de la palabra divina, y que la semilla hábilmente esparcida por el mismo insigne prelado y por sus celosos coadjutores no se ha sembrado en ingrato terreno. Entre los que participaron de aquella sagrada comunión se contaron los militares que procedentes de la última campaña se hallan en estos hospitales convalecientes de sus gloriosas heridas. Aquellos tostados y varoniles rostros, aquellas nobles frentes que jamás han palidecido ante las balas, y que brillantes aun con la aureola de la victoria se humillaban ahora en presencia del Dios de los ejércitos, conmovió hondamente á la multitud de los circunstantes, y mil corazones se alzaron al Señor para darle gracias por esa paz honrosa y digna alcanzada á precio de tan heroica sangre.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

TEATRO PRINCIPAL.

Reaparicion de la zarzuela.

La excelente compañía lírica italiana que ha funcionado desde el principio de la temporada acaba de emigrar. ¿Volverá ó no volverá? Eso es lo que no sabemos, pero créese generalmente que sí. En caso de que tal no suceda parécenos que el público solo tendrá que culparse á sí mismo. Quien no aprecia cual debe lo bueno que posee, no se queje si por descontentadizo lo pierde.

Repetimos que nada absolutamente sabemos acerca de los ulteriores proyectos de la empresa, y creemos mas; y es que la misma empresa tal vez hoy no haya resuelto nada para lo sucesivo, esperando el éxito que aquí y en Sevilla logren alcanzar las compañías que á su cargo tiene. Eso es naturalísimo.

Por el pronto tenemos una compañía de zarzuela, cuyas partes en su gran mayoría son ya conocidas del público. Ella ha inaugurado sus trabajos con *El Juramento*, produccion á la que puede llamarse nueva aquí, puesto que apenas fué oída cuando se estrenó, pasando con la rapidez del relámpago y no dejando huella de su efímera existencia.

Hace años que venimos formulando nuestra opinion acerca de la zarzuela como género, y esta opinion sigue siendo hoy la misma que antes. Vamos á reasumirla en las menos palabras que nos sea posible.

La zarzuela, á nuestro modo de ver, casi no es drama y casi no es música. Casi no es drama, porque le es fuerza acomodarse al canto, lo cual destruye su unidad artística, sometiéndose á condiciones que son ajenas á su esencia. Casi no es música, porque hasta ahora no se ha logrado, ó no se ha querido crear, la verdadera ópera nacional, no tiene, por tanto, un tipo propio, resultando de aquí, ó que se imita si no se copia la escuela italiana, ó que se

acomodan á las mas divergentes situaciones escénicas los boleros, los polos y las tiranas. Por eso vemos en el aristocrático concierto de la hija del regente de Portugal cantar á la reina un bolero con acompañamiento de castañuelas, como pudiera haberlo la Lagartija en la taberna del Tío Chico.

Si á esto se agrega la dificultad de hallar cantantes que hablen y actores que canten; la de que los que confeccionan zarzuelas en Madrid, única fábrica con privilegio esclusivo, lo hacen en letra y música á la medida de actores dados, y que es de fórmula una cosa que se llama tenor cómico, porque hay en Madrid un Caltañazor, que es cómico, pero que no es tenor, y que es tambien de fórmula el que el barítono sea el papel principal, porque hay allí un Salas, se comprenderá todo lo difícil que es formar un género en todas partes aceptable, mientras á todas partes no se envíen con la partitura los artistas á cuya medida se ha hecho: es decir, que se envia el frac ó la levita, pero no el cuerpo para el cual, y no para otro, se cortaron aquellas piezas de ropa.

Esto es en general: por tanto no estaremos en contradicción con nosotros mismos al reconocer en esta ó en la otra zarzuela tal cual esfuerzo feliz, tal cual rasgo de originalidad, tal cual buen estudio de armonía; porque de muy buena gana concedemos á los españoles todos los géneros de talento, y mal pudiéramos negárselo para la música; pero es el caso que no todos escriben por el arte y para la gloria, y como además el lucro no está siempre en proporción del trabajo, difícilmente hay quien resista á la tentación de ganar mas trabajando menos.

Hay pues zarzuelas en las que hallamos cosas realmente buenas; hay pues zarzuelas que hasta nos agradan. Son pocas, muy pocas, pero las hay, y en especial entre las cortas y sin pretensiones, que aspiran solo á hacer reir.

Manifestamos esto para que cuanto en adelante digamos acerca de los trabajos de esta compañía, como de otra cualquiera, no se considere nacido ni de parcialidad ni de oposicion sistemática. No estamos conformes con el género; pero por eso no anatematizaremos en masa cuanto se cante, y mucho menos á todo el que cante, por el solo hecho de cantar zarzuela. Eso fuera notoria injusticia, y nosotros, si bien nos habremos equivocado frecuentísimamente, nunca hemos sido injustos á sabiendas.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

MODAS DE PARIS.

¿Cómo deberemos nombrar á la estación en que nos hallamos? El calendario la llama primavera, pero nosotros todos la denominamos invierno, puesto que hace un rigoroso frio. Hasta este momento nada ha cambiado, por tanto, en los equipos: las pesadas capas, las pieles, se llevan como si estuviésemos en pleno Enero: y sin embargo, nuestros almacenes en lo general presentan ya sus novedades,

y se puede con tiempo tomar sus precauciones para la época mil veces anhelada en que un espléndido sol brille sobre nuestras cabezas.

Los sombreros serán, según se dice, mas avanzados hácia la frente.

Se harán aun basquiñas largas ajustadas de la misma tela que el traje. Esta moda es bellísima para las jóvenes.

Permanecerán los tafetanes y telas de fantasía agrisadas.

Tambien se usarán mucho los pequeños volantes para guarnición de trages.

En cuanto á lo demás, conviene esperar: hablemos en tanto de lo actual.

Los vestidos de baile son de una ligereza verdaderamente aérea: las telas diáfanas se prefieren á las demás: sin embargo, suelen verse trages de raso liso, de muaré *antique* ó francés, y de tafetan tejido, género *Pompadour*.

Muchos hay tambien de tafetan liso, que llevan especialmente las jóvenes. Se les guarnece de pequeños volantes, algunas veces orlados con un plegado de cinta.

Todos los corpiños de los vestidos de baile son de punta.

Las bertas y los paños tienen igual éxito.

Las mangas se hacen cortas y abofadas.

Las dobles mangas flotantes de tul, agradan generalmente y no están exentas de cierta gracia.

Algunas dobles faldas terminan en festones muy anchos, que se orlan con pequeños plegados de cinta. La falda de debajo se guarnece hasta las rodillas de volantes entubados.

Ved aquí un delicioso equipo que he visto en la primera representación de la ópera *Pedro de Médicis*, á la cual asistia toda la corte.

Trage de muaré *antique* azul celeste. Corpiño Luis XV, montante por detrás, abierto por delante. La falda se abria sobre otra interior de raso blanco, y formaba una vuelta á cada lado: estas vueltas, así como el corpiño, tenían una orla de cinta de raso azul plegada. Otras iguales figuraban una V en medio del corpiño y continuaban descendiendo á todo lo largo de la falda de raso, figurando aquí la misma letra invertida.

Las mangas eran enteramente hendidas por abajo y guarnecidas del mismo modo. De las anchas sub-mangas salian multitud de encajes que dejaban á descubierto los brazos en los que lucian magníficos brazaletes de diamantes. El collar era igual. El prendido se componia de barbas de encaje sujetas á ambos lados con espigas de diamantes.

Citemos otro. Trage de terciopelo verde. Corpiño en punta escotado. Mangas cortas. Berta de punto de Inglaterra. Falda abierta, sobre otra de raso blanco, guarnecida con volantes, tambien de punto de Inglaterra. Por prendido, una corona de follage y de serbal de oro.

Los equipos de las jóvenes solteras son de la mayor sencillez. Nada de guarniciones en los trages de ciudad. Para bailes, telas diáfanas, de doble falda ó con volantes *Pompadour*; agujetas de cinta en las mangas cortas; cinturones de lazo *Duque-*

sa y cabos largos flotantes; en la cabeza, frescas guirnaldas, muchas veces con ramas cayendo sobre los hombros: todo delicado y aéreo.

Llévanse aun á los bailes trages de gasa con lama de oro ó de plata. Decididamente, todo lo que brilla tiene éxito.

Ved aquí por qué se vuelven á llevar con profusion las joyas. A las bellas que siguen exactamente los caprichos de la moda les recomiendo de nuevo al efecto la casa Mesnard, en la cual se fabrican maravillas de joyería, platería y relojería.

El mismo Mr. Mesnard se encarga tambien de la montura de los diamantes y piedras finas; y al señalar su casa como fábrica, ya se dice que han de hallarse en el precio de sus mercancías ventajas realmente excepcionales.

Se ven ya sombreros de paja; pero solo en las vidrieras de nuestros mercaderes de modas. Sobre muchos de aquellos se ha arrojado negligentemente un velillo *Clotilde*, lo cual quiere decir que no tendrán necesidad de otro adorno, y que este modelo estará durante el próximo estío mas en favor que lo ha estado nunca.

Para terminar, ved aquí algunos equipos que aun se llevan, mientras el tiempo nos permite adoptar los que se reservan para mas bellos dias.

Para calle y paseo:

Trage de muaré *antique* fondo blanco y rayas malva.

Por abajo un volante en sesgo de la misma tela. En lo alto de él un plegado de cinta malva.

El volante debe tener treinta centímetros.

Corpiño montante en punta. Mangas anchas hendidas bajo el brazo y con igual adorno de cinta.

Abrigo de terciopelo guarnecido de guipure.

Sombrero de tafetan verde con lilas.

En el interior del ala bandó de tafetan verde: una rama de lilas y carrilleras de blonda.

Para teatro ó concierto:

Trage de muaré azul celeste con dos faldas. La segunda recogida al lado izquierdo por un lazo *Duquesa* de encaje blanco.

Corpiño escotado. Mangas cortas. Cinturón *Duquesa*, de encaje: cabos flotantes. Berta de encaje.

Para prendido, corona de rosas y margaritas blancas.

Adorno de perlas. Brazaletes ricos.

Albornoz oriental con rayas de oro.

Esperamos que muy pronto ofreceremos en este género grandes novedades.

MME. JULIETTE LORMEAU.

EL DONATIVO DE LOS MUERTOS

EN LA NOCHE DE FINADO.

I.

La luna en toda su plenitud vertia á torrentes los efluvios de su luz plateada.

Era media noche, y nada turbaba la soledad de la dormida naturaleza.

Solo el suspiro del céfiro se percibía susurrante entre el movable ramage.

Sola yo, entretanto, cruzaba melancólica un espacioso terreno en que apenas se descubría vejetacion.

El suelo cubierto de innumerables abrojos detenía de vez en cuando mis pasos; pero una fuerza de voluntad superior á la debilidad de mi naturaleza, me hacia seguir siempre adelante.

Vestia completamente de negro, y el cabello destrenzado me envolvía en sus ondas prolongadas, como en un vaporoso y dorado velo. Un frio glacial estremecía mis ateridos miembros, y las manos cruzadas sobre el pecho parecían querer prestar algun calor á mi corazon que latía débilmente.

¡Dios mio, que triste era cuanto me rodeaba!

La luna parecia una lámpara funeraria suspendida en un inmenso panteon: luego abrojos, abrojos, aridez, soledad.

II.

Despues de una marcha penosa y prolongada llegué á una alameda espaciosa completamente bañada por la luna. Tres arcos de mampostería servían de entrada al misterioso paseo.

Quise entrar en su recinto y un frio terrible me impedía dar un solo paso: por último entré.

III.

Infinidad de personas paseaban hablando amigablemente; pero ¡cosa estraña, sus pasos no producían ruido!

Otros, sentados en blancos asientos, parecían disfrutar de una paz letárgica que embotaba en ellos el sentimiento de pensar.

Yo sola, medrosa y temblando era cual planta exótica en aquel jardin inodoro, en que flores y árboles parecían los bastidores de un teatro. Tal era su inmovilidad.

IV.

Allí no habia brisas, ni voces, ni perfumes, ni vida....

Sufria tanto! Y sin embargo me retraía de salir cierto bienestar parecido á la tranquilidad de la muerte.

Entonces fijé mi atencion en los paseantes, y un grito ahogado se escapó de mis labios frios como la nieve.

Eran aquellos tan blancos, tan pálidos, como el mármol donde tomaban asiento.

Sus ojos brillantes; pero sin espresion, hacían daño cuando miraban: sus movimientos pausados, mecánicos, hacían en mí una impresion dolorosa y me parecia estar viendo figuras de cera puestas en movimiento por algun oculto resorte. Y cuando mi vista se fué acostumbrando á la luz pálida de la

luna y á los blancos personajes, reconocí entre ellos seres queridos, perdidos tiempo hacia.

Tú estabas tambien: tú á quien un dia llamaba hermano.

Hermano! hermano mio!... deja que aun ahora te dé este dulce nombre; deja que te rinda en tierno y melancólico tributo, una lágrima de fraternal cariño.....

No consignaré aquí tu nombre.

Para qué?

Ya se ha borrado de entre los vivos.

Tu recuerdo solo vive en mi corazon.

V.

Al ver fisonomías amigas se reanimó mi espíritu. El pavor dejó su lugar á un bienestar parecido al sueño.

Solo el frio, el frio helaba mis miembros intensamente, y á pesar del aire penetrante que me impedía respirar, gozaba allí de tanta calma!

Nada turbaba aquel silencio magestuoso: todos parecían ser felices, y lo eran en realidad.

El mundanal ruido no llegaba á traslimitar aquellos muros.

VI.

Sobreponiéndome al estupor que todo aquello me causaba, quise hacer notar mi presencia y me dirijí á uno de los que se paseaban preguntándole:

—¿Quereis decirme donde estoy, pues no conozco este sitio?

—No es estraño, me contestó parando su paso y con una voz sin eco. Estais en la mansion de la muerte.....

—Dios mio! ¿conque todos los que están á mi vista son....

—Muertos! muertos!

—Yo estoy muerta tambien?

—No, estais viva aun; pero por un especial favor pasais entre nosotros la noche de difuntos.

—Estamos en la noche de difuntos?

—Sí. ¿Por qué temblais? aquí todo es calma, bienestar. Nada turba nuestro reposo; teniendo aquí término lo que altera la existencia, no hay luchas, no hay lágrimas.

—Pero estas plantas sin aroma!

—Son eternas, porque no pierden perfume ni sávia.

—Y este aire helado!

—Es apacible brisa para nosotros.

—Sin embargo, yo quiero marcharme. Tengo miedo, tengo frio. ¡Aquí sola!.....

—Sola no, Victorina, dijo una voz á mi espalda: me volví con presteza, y una multitud de muertos me rodeaba.

Entonces quise correr y no pude. Procuré gritar y no hallé voz en mi garganta; y abatida y trémula permanecí inmóvil, mientras mis labios murmuraban una oracion por el descanso de aquellas almas.

Cuando concluí de rezar, tornó á desaparecer

el miedo que embargaba mis movimientos, y la calma anterior inundó mi corazón de un sosiego sin límites.

VII.

Escucha, dijo entonces mi perdido amigo.— Dios te ha guiado á nosotros porque tu espíritu ha estado continuamente en contacto con el nuestro. Hoy, día de difuntos, en que algun recuerdo perdido intercede por nuestro descanso, tu oracion pura y amante ha llegado aquí como un himno lejano entonado por los ángeles. Tú invocaste nuestra memoria y te dijimos ven, ven puesto que nos recuerdas: ven puesto que nos llamas.

Ahora vamos todos nosotros á hacerte un donativo: síguenos, y tendia su helada mano que tomé sin temor á pesar de petrificarme su contacto.

Me llevó á un extremo de la alameda á donde nos siguieron todos los muertos, y desde allí descubrí un mar tumultuoso que arrojaba espumosas olas hasta nuestros piés.

Era un mar inmenso.... sin horizontes.

De en medio de sus aguas ví surgir como fantasma mágico un bajel ligero en forma de cisne, que pintado de negro y filetes de oro, hacian resaltar su esbelta y aguda quilla. Dos remeros vestidos de negro, de rostro pálido y tranquila fisonomía parecian aguardar alguna orden de los de tierra, y sus remos levantados en alto goteaban líquidos diamantes, que se perdian en la estela del bajel.

VIII.

—Mira, continuó el que me condujo á orillas del mar. Ese bajel es nuestro donativo.— Cuando triste y acongojada por los humanos dolores vieran llanto tus ojos y gima tu sensible corazón; él, pronto siempre á tu mandato, te brindará un refugio seguro donde no podrán alcanzarte las penas de la tierra ni las tempestades del mar.

Nada podrán los hombres ni los elementos contra tu pequeña embarcacion. En ella tendrás tranquilidad y dulzura, y aunque las aguas amontonen sus gigantescas olas para sepultarla, será en vano, que por cima de sus crestas te conducirá al puerto de la luz y de la verdad.

No temas la muerte, ni aborrezcas la vida.

La primera te ofrece un lugar de bienaventuranza, porque tú gozarás de la vista de Dios: la segunda debe serte indiferente porque sus penalidades no deben llegar á tu alma privilegiada.

Ahora adios por algun tiempo: vuelve otra vez á la vida real, y no olvides en todas tus aflicciones *el donativo de los muertos*.

IX.

Quando miré á mi rededor todo habia desaparecido.

Entonces me incorporé y me encontré en mi lecho.

Todo habia sido un sueño?

Todo sí, todo menos la noche de difuntos.

Las campanas de la iglesia vecina doblaban pausadamente por el eterno descanso de las almas.

Oré... y aun me parecia escuchar la voz lenta y sin eco de mi querido hermano, de mi buen amigo al hacerme el misterioso *donativo*.

X.

Dios mio! fué aquello una revelacion del espíritu al espíritu?

¿Aquel bajel era quizás la fé que abriga mi alma contra la cual se estrellan los males de la vida?

¿O era, tal vez, la esperanza de un mundo mejor que germina consoladora entre las angustias de mi corazón?

De todos modos, adorados espíritus de seres que finaron, en adelante no me causará pavor la muerte, y procuraré mirar con mas indiferencia la vida.

Pero cuando sufra mucho; cuando no tenga á quien decir mis dolores; cuando llore sola sin que nadie enjague mi llanto; cuando por fragilidad mundanal pueda empañarse mi frente de niña, entonces enviadme vuestro bajel; y al dejar para siempre las miserias terrestres, mi alma blanca y pura se elevará fuerte en su fé é inmaculada en su esperanza para volar al cielo, desde donde bendecirá el *donativo de los muertos*.

VICTORINA BRIDOUX Y MAZZINI DE DOMINGUEZ.

LA MUJER DE SU CASA.

NARRACION

POR D. FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

(CONTINUACION.)

Amaba á María, la niña inocente, que inspirán-dole un singular afecto, presentábase á su vista en las horas de insomnio cuando los sentidos se embotan en la meditacion y el alma vaga extasiada bajo la presion de alguna idea halagüena, como la hechicera maga de sus fantásticos delirios. Entonces su pensamiento se enlazaba con el de la huérfana candorosa, y palpitaba su corazón al solo presentimiento de poder alcanzar un suspiro amante exhalado por aquellos labios de quien estaba pendiente su felicidad. Pero como la rosa tiene espinas, abrojos el pensil y bancos de arena el mar, así la vida se ve sembrada de contrariedades, y la maledicencia, que convierte una gota de agua en ola de espuma y un grano de arena en roca prominente, no tardó en apoderarse de la estancia de Aristides en la casa de su antigua nodriza, y los comentarios crecieron y las hablillas llegaron á herir los oídos de aquella sencilla mujer, en cuyo proceder no habia ni asomo de malicia.

Un día, el huésped permanecia silencioso con la

vista fija en la huérfana que abismada en su bordado tarareaba maquinalmente una canción, Ana observaba con placer mezclado de curiosidad, y en un momento de atrevimiento, pues de tal se podían calificar sus palabras, rompió el silencio y dirigiéndose á Lagarza le dijo:

—Hijo mio; me parece que te he oído decir alguna vez que esperabas una carta de recomendación para un banquero, en cuyo escritorio tendrías entrada.

—No prosigais: fué aquella que recibí ayer; pero mi confianza no es tanta que espere ver al instante realizados mis deseos.... Por otra parte, espero á un amigo que debe de llegar de un día á otro á la corte: viene de Lóndres, me trae un reloj de Losada que yo le encargué en mis días de opulencia y cuyo valor asciende á mil francos, cantidad que le fué entregada por mí á su partida. En cuanto reciba esta alhaja la venderé y con su producto podré recuperar el fondo de mi cofre que se halla en las redes del Monte de Piedad. Entonces me presentaré al opulento Abella; y como poseo los idiomas francés é italiano, malo será que no alcance un honroso puesto en las dependencias de su casa de comercio. Después de todo, madre Ana, para el que está acostumbrado á la vida libre y regalona, el trabajo de los números es tan monótono que acaba con el espíritu y con la inteligencia.

Alzó la vista María de su labor, y dirigiendo á Arístides una mirada de dulce reconvención exclamó:

—El trabajo en vez de afectar al espíritu le eleva, distrae la imaginación, fecundiza á veces la inteligencia, aleja los malos pensamientos y es el perpetuo movil de las buenas acciones. Arístides, ¿para qué hemos venido al mundo? Recuerdo haber oído á mi padre leer la Biblia. Allí se dice: "*Con el sudor de tu rostro comerás el pan.*"

—Sí; pero aprisionar el pensamiento entre guarnidos....

—¿Y si no hay otro medio de ganar la vida?

—Es verdad: mañana voy á ver á Abella, dijo al fin Lagarza.

—Bien, hijo mio! exclamó alborozada la anciana. No sabes el consuelo que me das al decidirte á buscar ocupación. Quieres adquirir la felicidad á precio de tu talento y de seguro la hallarás.

—Ah! si esto se realiza nunca olvidaré que el ejemplo de María, sus advertencias y consejos me han señalado una senda para mí desconocida. Pero al tratar de estas cosas un pesar solo me atormenta. Madre Ana, voy á tener que abandonar tu casa que ha servido de límite á mis sinsabores; tu casa donde mi alma ha recobrado la tranquilidad; tu casa donde he aprendido á sentir y á esperar con resignación; donde vivo en dulce reposo!

Al decir esto el corazón de Lagarza latía con violencia.

—Esto era necesario—repuso la anciana y bajando la voz de manera que no pudieran oírla:—vivir bajo un mismo techo dos jóvenes de distinto sexo y sin más guardian que una pobre mujer de mis años, dá que decir á las gentes. En Madrid, resi-

dencia comun de todos los españoles desocupados, cuando no hay asunto de que murmurar se inventa; así es que no falta ya quien se ocupe maliciosamente de mi nieta.

—¿Será verdad? exclamó Arístides, dejando entrever la cólera en su semblante.

—Sí, hijo mio. Te acordarás que el domingo al volver de la Virgen de Atocha á donde nos acompañaste, nos seguían algunas personas; pues bien; entre ellas venían dos vecinas, que pertenecen al gremio de personas despreocupadas cuando se trata de ocultar sus defectos, pero á quienes preocupa demasiado la vida de los demás. Estas deben de haber hecho referencia de nuestro paseo en casa de alguna otra alma caritativa.

—¡Con eso hay bastante para sumir en luto á una familia! ¡Tienes razón! repuso Arístides avergonzado. Yo que he frecuentado ciertos círculos de Madrid donde se abusa con inaudito descaro de los nombres propios, conozco cuan poco se necesita en esta culta capital para que la honra de una muger quede sepultada en el lodo. Una mirada furtiva; un prolongado apretón de manos; la coincidencia de ver á un hombre acompañar á una señora dos veces en paseo; una galantería dirigida en un salón, se explotan en Madrid para amenguar el prestigio de una mujer que no tiene otra defensa que su debilidad, ni acaso otro consuelo que sus lágrimas! ¡La ligereza con que se piensa y se hacen deducciones y se juzga por la apariencia, en nuestra sociedad, debiera hallar castigo en el código, como se señala para los delitos comunes!

Ana posiguó:—Arístides ya ves que la murmuración quiere cebarse en la honra de mi nieta. Ella, pobre inocente, no comprende la malignidad que encierran esos cuentos odiosos, porque el que es incapaz de cometer una falta, juzga por su corazón á los demás; pero, yo debo velar por su nombre y por el mio, y aunque me cause pena, mi buen hijo, el separarme de tí, te ruego que tomes una determinación para disipar esos rumores peligrosos.

—Te empeño mi palabra de que mañana mismo me procuraré una entrevista con ese hombre de quien espero alivio en mi situación, abandonando en seguida tu hospitalaria casa.

Arístides quiso ocultar su turbación; pero su semblante le delató. Ana miraba de hito en hito al joven, como si quisiera decirle "perdóname que te despidá" y María, que habia permanecido muda durante el corto diálogo de su abuela con Lagarza, dirigió una mirada á ambos, interrogándoles por su misteriosa conversación. Arístides fijó sus ojos en los de la joven y dijo para sí. Perderla! jamás.

II.

Al siguiente día, como á cosa de las doce, Lagarza, tipo de los elegantes de Madrid, desahuciado por la fortuna, esperaba impaciente en la antesala del banquero Abella, resignado con su suerte, y ahogando la altanería que tantas veces se le habia escapado hasta por los ojos. La senda del pretendiente en Madrid se halla erizada de contradiccio-

nes y de porteros; uno de estos seres rogó al joven ex-rico que se sentara en tanto que su señor podía recibirle. Lagarza obedeció por la primera vez de su vida á un inferior suyo, y despues de dos horas de ansiedad, Abella se presentó á su vista.

—Traigo esta carta. Le dijo entregándole un papel.

--Esperaba esta visita. La persona que le recomienda á V. y á quien deseo servir, me habló hace dias de sus circunstancias.

El banquero condujo al joven al escritorio de la casa.

—Haga V. el favor de escribir dos líneas en este papel.

Arístides tomó la pluma y obedeció al capitalista.

—En esta palabra falta una hache, añadió aquel; pero la práctica le hará á V. perfeccionarse en la ortografía. ¿Sabe V. el frances.

—Sí señor: tambien hablo el italiano.

—Perfectamente. Despachará V. en mi casa desde mañana la correspondencia estrangera.

Ganará V. cuarenta duros mensuales.

¿Está V. conforme?

—Sí señor.

—Pues, nada más. Y dirigiéndose á un hombre grueso, rechoncho y colorado que escuchaba atentamente le dijo. Entere V. al señor Lagarza de las prácticas de esta oficina, y desapareció despues de haber inclinado ligeramente la cabeza.

La vida del hombre está sembrada de sensaciones á cual mas distintas; las que al mal nos conducen dejan la huella del remordimiento en nuestra conciencia; las que nos aproximan al bien impresionan dulcemente á nuestro corazon. Arístides bajaba preocupado las escaleras de casa de Abella, meditando en su porvenir. La advertencia del banquero acerca de su ortografía habia resentido su amor propio y estuvo á punto de producir una brusca réplica del joven, pero despues reflexionó, avergonzándose de su ignorancia. Si él hubiera conocido aquellas profundas palabras de Santa Teresa, cuando dice: *La tierra que no es labrada llevará abrojos y espinas, aunque sea fértil: así el entendimiento del hombre*, se hubiera ruborizado doblemente pensando en el tiempo que habia malgastado en los primeros años de su juventud. Hubiera comprendido que al dejarse arrebatado por el huracan de los placeres, cual inesperto piloto que fia su nave á los vaivenes de las olas, no podria sujetar el apetito desordenado de las pasiones, amortiguándose en tanto la luz de su inteligencia, por no tener jugo con que alimentarse. Hubiera podido entregarse alguna vez á la meditacion, fortificando su entendimiento con la lectura, cultivando su imaginacion con el estudio, deleitando su espíritu y purificando su corazon con las máximas de los buenos libros; ¡pero ya se vé! Lagarza vegetaba en el café Suizo, en el paseo de la Fuente Castellana, en el teatro de la Zarzuela y en la fonda del Cisne, y cuando tornaba á su vivienda era para entregarse al sueño, para preguntar si le habia llevado las camisas la planchadora ó para remudar-

se la lustrosa bota de charol. ¡Hé aquí algunos rasgos característicos de su civilizacion cortesana del siglo XIX!

El arrepentimiento es un don precioso que nos ha legado la Providencia para los dias de infortunio. Arístides luchaba aun con los deliciosos recuerdos de sus pasados albores; pero su voluntad se habia enervado á los rudos golpes de la desgracia: y al encontrarse en la calle, despues de su breve entrevista con el banquero, se sintió completamente regenerado. Hay momentos en que el alma mas gastada recibe alguna inspiracion de la virtud. La del joven que habia recobrado la bondad de su primitivo ser, oyó una voz misteriosa que le gritaba: "Aun puedes ser feliz." Lagarza abrió sus sentidos á aquella emanacion de la verdad, é intuitivamente comprendió toda la grandeza que encerraba tan feliz augurio. Aceleró su paso, y sin darse cuenta á sí propio del punto á que se dirigia, se halló pocos momentos despues llamando á la puerta de la casa de su nodriza.

—Soy yo, abuela; abrid! abrid! exclamó el joven regocijado.

—Le has visto? le preguntó la señora Ana sin poder dominar su impaciencia.

—Sí.

—Estás satisfecho?

—Sí, ya casi soy feliz, mi buena madre! He sido admitido en la casa de Abella. Tengo sueldo! voy á ganarme yo mismo la vida! Qué venturoso soy!

—Albricias! albricias! exclamó la anciana deleitándose con la fausta nueva. Voy á decir á María que te traiga de almorzar. ¡Pobre hijo mio, todavía estás en ayunas!

—Sí; pero la ruego á V. que no la diga nada acerca de mi asunto.

Deslizóse hácia la cocina la señora Ana y apareció María con el modesto servicio de la mesa, ostentando sobre sus cabellos una flor de invierno que aun se mantenía fresca.

—Buenos dias, Arístides.

—María, tenemos que hablar; le interrumpió el joven turbado.

—Diga V.... ¿hay buenas noticias?

—Ah! no quisiera que Ana sorprendiera mis palabras.

—Pero, Dios mio! de qué se trata? dijo la joven con infantil curiosidad.

—Tengo que confiarle á V. un secreto.

Habrá hallado buena acogida en casa del banquero, pensó la joven.

—Vengo de casa de Abella, dijo á media voz Lagarza como si quisiera aparentar indiferencia.

—¿Y qué le ha dicho á V?

—La entrevista no me ha satisfecho del todo. Sin embargo, Abella me ha dado esperanzas.

—De veras?

—Acaso dentro de poco tiempo pueda obtener empleo en su casa; pero no es esto lo que me importa.

—Pues qué ocurre? Me llena V. de impaciencia.

—María, mañana debo abandonar esta casa. Lo he resuelto, porque mi deber me lo aconseja. De un

momento á otro espero á un amigo que viene del extranjero y debe traerme un auxilio. Harto he vivido á espensas de Vds. y me avergüenzo del tiempo que aquí he permanecido gravando á esta casa....

La niña se ruborizó al oír aquellas palabras.

— Arístides, le dijo; V. no debe nada á mi abuela. Ella no ha hecho mas que pagar al hijo los beneficios que debia á sus padres de V.... En cuanto á mí....

Lagarza bajó los ojos abrumado por el peso de la gratitud hácia aquel ser tan virtuoso y desinteresado.

—A V., María, no tengo vida con qué pagaros lo que la debo. Me ausento de aquí, porque con mi estancia en esta casa alimentaria infames sospechas y....

—Es forzoso!.... objetó María tristemente.

Arístides enmudeció lanzando á la huérfana una mirada interrogante y profunda; una mirada de esas que podian servir de asunto para un poema, de salvacion para un condenado, ó de aureola de gloria para un poeta, y encontrándose aquella mirada con la de esta jóven, á cuyo enlace se evaporaron las almas de ambos para condensarse en una sola, Lagarza exclamó:

—Quiere V. darme esa flor?

La niña guardó silencio, y desprendiéndola de su cabeza se la entregó al jóven acompañada de una angelical sonrisa.

Arístides se llevó maquinalmente la flor á los labios murmurando:

—Te amo, María! Y tú me amas tambien?

Ella dejó escapar á sus labios un balbuciente sí.

Entonces el jóven dando á sus palabras la expresion de la verdad que sentia arder en su corazon, la dijo:

—La habia á V. engañado. Ya tengo medios de ganarme la vida: he sido admitido en casa de Abella: voy á vivir independiente á costa del sudor de mi rostro. Recuerdo las palabras de la Biblia que V. trajo un dia á mi memoria. Bendito sea Dios!

María, temblorosa como la hoja mecida suavemente por la brisa de una tarde de otoño, no pronunció ni siquiera una palabra; pero de sus ojos se desprendian dos gruesas perlas.

Las almas que saben sentir no necesitan valerse de la lengua, que muchas veces hace traicion á las emanaciones de la verdad. Además, no hay razon mas persuasiva que el lenguaje mudo del corazon.

En esto apareció la anciana que habia escuchado el diálogo de los jóvenes: abrazó á Lagarza y dió un beso en la frente á su nieta, orgullosa de sí misma.

Entonces Arístides con voz firme añadió:

—María, delante de Dios y de nuestra buena madre, la pido á V. la mano de esposa para cuando tenga asegurada con mi trabajo nuestra subsistencia.

—Si mi abuela es gustosa.... contestó respetuosamente la niña.

—Sí, sí, repitió la anciana llorando como una Magdalena.

—Entonces no puedo ocultar que le amo á V., Arístides, y que trataré de hacerle feliz.

Esta tierna escena inundó de gozo á sus interlocutores; María puso la mesa. Lagarza trató de almorzar algo, pero no pudo por que se hallaba hondamente impresionado. Despues dijo que tenia que hacer varias diligencias y se ausentó. En cuanto aquellas mujeres se encontraron solas la señora Ana no pudo resistir la tentacion de cubrir de besos á su nieta. Ella se sepultó en los brazos de su sensible abuela, y aquel maridaje bienhechor de suspiros y lágrimas, fué para los dos seres, lo que es el manso rocío para las flores silvestres del prado ó para los arbustos de la selva.

Trascurrido un año, el jóven Lagarza se habia reconciliado completamente con la virtud, acostumbrándose al trabajo y dedicando algunas horas diariamente al estudio. Era lo que se llama un hombre formal, que en tan corto tiempo modificó sus ideas, reprimió su carácter y hasta varió de aspecto. Al jóven sensual é irreflexivo habia sucedido el hombre meditador, grave, severo y prudente. Abella estaba altamente satisfecho de su comportamiento, pues que dócil á las observaciones de los demás y en extremo aplicado, llegó á desempeñar su cometido con sumo acierto.

(Se continuará.)

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

A veces la fatalidad nos hace naufragar en puerto.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

